

50. La pizza del Hno. Bartolomeo

En los tiempos de Gaspar la llegada de los misioneros, especialmente en los pueblitos más alejados de montañas, accesibles sólo a lomo de burro y separados de la sociedad humana, despertaba el interés y la curiosidad. *¿Quién será este Gaspar, del que tanto se habla? ¿Es realmente milagroso? ¿Lograremos ver alguno? ¿Y sus compañeros serán hermosos o feos, jóvenes o viejos? Ellos vienen de Roma, donde suelen tener banquetes con el Papa, con príncipes y cardenales... ¿Y aquí que comerán?*

Ya. ¿Qué comían los misioneros? Gaspar en su *Método para las Misiones*, había incluido meticulosamente, el tratamiento en la mesa para los padres misioneros. Una sopa, un pedazo de carne cocida con verduras, o patatas, un vaso de vino; para la noche dos huevos o bacalao y ensalada. Estaba prohibido comer y beber vino fuera de las comidas, a excepción de una taza de cebada caliente, después del sermón. Las normas debían ser observadas por todos, incluso por aquellos que estaban enfermos". *¿Quién está enfermo, quédese en casa!*" - Decía el Santo. Eran rigurosamente prohibidos alimentos refinados, dulces, que eran devueltos puntualmente a los donantes. Cuando el rechazo se podría interpretar como ofensivo, aceptaba regalos, pero los distribuía a los pobres.

Este régimen era observado no sólo durante la predicación, sino también habitualmente en las Casas de Misión; sin embargo, si regañaba a los economistas por la compra de alimentos de lujo, también exigía que no faltase comida buena y abundante, y decía: *"Buena comida, buena observancia"*. Por lo tanto, y también para dar a todos la oportunidad de ir con confianza a hablar o a confesarse, deseaba que los Misioneros alojaran solos durante la Misión y que para cocinar se ocupara el hermano lego del Instituto. Para confirmar con qué tipo de escrúpulo el Santo observara tales normas, aquí reportamos unos episodios.

En Gaeta el obispo monseñor Parisio envió a los Misioneros un exquisito plato de langostas. Gaspar pidió al Merlini de devolvérselas con el encargo de recordarle a su Excelencia, con el debido respeto, que tales alimentos eran prohibidos a los Misioneros por la Regla.

El Arzobispo se molestó y fue en persona a ofrecer nuevamente el plato, ordenando comerlo en virtud de santa obediencia. El Santo, aunque contrariado, estuvo

obligado a obedecer, pero en los siguientes días, todos los Misioneros se privaron de parte de las comidas habituales. En Caldarola, Gaspar distribuyó a los pobres todo el almuerzo ofrecido por el Conde Pallotta. Aquellos pobres, que por primera vez comieron tales exquisiteces, exclamaban: *"¡Hacía falta el santo padre Gaspar para hacernos probar, al menos una vez en la vida, cosas tan buenas!"*.

Gaspar, a pesar de su sufrimiento de estómago, no admitió nunca para sí preferencia alguna. En Alatri, aunque en la cama con fiebre altísima, rechazó un "pescado delicado" y comió anchoas y bacalao como todos los demás. No aceptó nunca en su vida, invitaciones a comer con gente de poder, como obispos, príncipes, cardenales e incluso el Rey de Nápoles, aunque lo desearan por lo menos una vez en su mesa. Tenía un arte propia para declinar la invitación, sin ofender.

En Priverno ciertas monjitas le enviaron, al final de la Misión, una maravillosa pizza, que hacía agua en la boca. Gaspar pidió al Hno. Bartolomeo de devolverla con el más sincero agradecimiento, lamentando no poderla aceptar, porque prohibido por la Regla. Bartolomeo, poco más tarde, regresó con la pizza. *"Padre, las hermanas insisten y se recomiendan a sus oraciones"*. El Santo, que solitamente soportaba con paciencia la prepotencia de Bartolomeo, cuando se trataba de la Regla, era inflexible con él también y lo reprendió severamente. Bartolomeo se fue sometido con la pizza y el deseo de darle por lo menos un gran mordisco. Poco después volvió sin pizza y sin decir nada.

Una vez en Frosinone, en la Casa de Misión, a la hora de almuerzo anduvo muy contento trayendo la pizza, contento de haber hecho caso omiso al Santo. *"¡Aquí podemos comerla, porque no estamos en Misión!"* Gaspar no se descompuso, de hecho le dijo sonriendo: *"¡Bravo Bartolomeo! ¡Cúbrela y vamos a comerla al aire libre!"*. ¡Caminando, caminando, llegaron al hospital! Bartolomeo entendió... Entraron en la sala de los niños y el Santo los saludó: *"¿Cómo estás, niños? He aquí un buen regalo del Hno. Bartolomeo. A él le gustan mucho los dulces, pero él prefirió renunciar a esta hermosa pizza que le han regalado, para dársela a ustedes, que están enfermos"*.

¡Pobre Bartolomé! Aunque tan torpe, en el fondo tenía un corazón de oro, y él también se alegró de ver a los enfermitos comer su pizza con tantas ganas y alegría. Por último, los ojos se le humedecieron cuando oyó gritar con alegres aplausos: *"¡Viva el Hno. Bartolomeo!"*.